

está tocado á la experiencia de muchos años en nuestra República; una ventaja análoga es casi la única que los europeos encuentran para sus ilógicos planes fragmentarios, cada día más vacilantes ante la crítica, incesantemente transformados é incapaces de dar plena satisfacción á los pensadores que allá exigen la escuela secundaria única que proporcione un fondo común de conocimientos á los hijos ilustrados de un pueblo y que no fuerce las vocaciones, dejándolas surgir espontáneamente cuando la preparación general se halle completa. El plan adoptado por el Congreso, suma, á estas ventajas, la inapreciable de constituir por sí mismo una filosofía, puesto que todo en él se encamina á la concepción de la ciencia una, y esta es la más elevada síntesis filosófica.

El examen fué detenido en la parte científica del programa; pocas fueron las disidencias, y más bien se dirigieron á puntos secundarios, con excepción quizás, de una sola. Pero por fortuna, para el proyecto, no habría entre sus impugnadores casi ninguna comunidad de tendencias, y hubo acaso, tantos planes como opositores; esto bastaba para imponerlo á nuestro criterio; el programa propuesto, como la República, según la frase de Thiers, era lo que nos dividía menos. El Congreso, persuadido de que, como ha dicho un pensador moderno, sólo está destinado á durar aquello que está sistematizado, organizado y coordinado gerárquicamente; y de que, «la nación que sepa introducir en la enseñanza la organización más poderosa y más una, tendrá por este sólo hecho en el dominio intelectual una fuerza análoga á la de los gobiernos y los ejércitos mejor dispuestos» sancionó con su voto y su responsabilidad técnica y moral, la obra que se le presentaba y que hoy más servirá de brújula en la babel enorme de los adelantamientos de la ciencia, á las generaciones mexicanas, mere-

ciendo, más que otro alguno, el nombre de *Humanidades científicas* usado recientemente en Europa.

Pero este plan de estudio, á pesar de su unidad filosófica, habría sido por extremo deficiente, si con él no formara un todo orgánico un programa de estudios literarios; las letras no sólo tienen valor porque perfeccionan el instrumento supremo del pensamiento que es el idioma, sino que al perfeccionarlo reobran á su vez sobre el pensamiento mismo que no es más que un lenguaje interno que tiene las mismas formas que el otro y que será más preciso, más correcto y más justo mientras aquel más lo sea. De aquí el valor eminentemente educativo de los estudios literarios, que sube de quilates cuando la adquisición científica ha enriquecido nuestra substancia mental; cuando la ciencia, la forma encuentra lo que el gran tribuno de la democracia francesa llamaba «la medula de los huesos.» Penetrado de esta verdad el Congreso, aprobó los medios propuestos por la comisión, no sin fijarse atentamente en el grave problema que entrañaban. Por una tradición secular que dimana de los tiempos de la Escolástica en que toda instrucción superior en la Europa Occidental estaba bajo la celosa tutela de la Iglesia y en que el idioma escolar era el de la Iglesia misma, el latín, esta lengua, se había considerado como el alma de toda educación literaria, de toda preparación á las profesiones llamadas liberales, que tenían casi exclusivamente un carácter literario también. Los tiempos han cambiado radicalmente; la ciencia ha tomado en sus manos la dirección de todo el movimiento moderno. El conocimiento y la práctica del latín no habían sido parte en los siglos medios, ni á impedir ninguna decadencia, ni á trazar uno sólo de sus derroteros al pensamiento humano, ni á iluminar ante él un sólo segmento de los horizontes del porvenir; y así como el contacto con Grecia produ-